

**SIGNOS  
DE LOS  
TIEMPOS**

## **De los extremos al centro: clases medias, “normalidad demo- crática” y populismo autoritario**

**José A. Zamora.** Instituto de Filosofía -CSIC. Madrid

**E**sta reflexión intenta poner en relación tres fenómenos sociales de máxima relevancia para la comprensión de la situación actual: 1) el final de la supuesta “excepción española” en el panorama de crecimiento de populismo autoritario en Europa; 2) la creciente receptividad de las clases medias hacia elementos discursivos de extrema derecha o “extremismo de centro”; 3) la relación entre crisis económica y respuesta populista, ya sea autoritaria o de izquierdas.

### **España: el final de una excepción que no lo era**

Hasta las últimas elecciones al parlamento andaluz y la entrada en el mismo del partido Vox, en prácticamente todos los análisis del avance de los llamados populistas de extrema derecha en Europa, España se presentaba como una excepción. Esto no dejaba de sorprender, ya que las supuestas razones del auge de los movimientos y partidos políticos autoritarios en Europa también son especialmente importantes en España: crisis económica, recortes del gasto público en las clases bajas, fuerte inmigración con un importante componente islámico, corrupción política, descrédito de los partidos tradicionales, etcétera.

Los indicadores que suelen tenerse en cuenta en los estudios demoscópicos para detectar actitudes y elementos ideológicos de extrema derecha en torno a la inmigración, los grupos étnicos o religiosos minoritarios, la Unión Europea, la globalización económica, sentimiento nacional, etc. suelen revelar que España representa una cierta excepción en el panorama europeo. Estos índices poseen claramente los valores más bajos. Con todo, a raíz de la crisis, se ha producido un aumento considerable del sentimiento antiinmigración a partir de 2009. Este aumento tiende a moderarse a partir del 2012. Sin embargo, esto no impide que ciertas afirmaciones cuenten con un respaldo mayoritario. Por ejemplo, el respaldo a una prelación de trabajadores autóctonos frente a los inmigrantes, la creencia en que estos reciben más prestaciones del Estado que los autóctonos en la misma situación, el "abuso" por parte de los inmigrantes de los servicios de atención sanitaria, sus ventajas comparativas en las ayudas, etc. También las opiniones relativas a la política de control de flujos se han vuelto más restrictivas. Actualmente, el 74% de los españoles cree que el número de inmigrantes en el país es "un poco excesivo" o "demasiado elevado". Aunque en la encuesta del CIS de 2014 solo en 19% considera que un "partido xenófobo o racista" tendría apoyo popular en España, el 61% sí augura buenos resultados electorales a un partido cuyo principal objetivo fuera reducir la inmigración. Aunque la identificación con partidos de extrema derecha o con elementos generales de sus propuestas ideológicas y políticas sea relativamente baja, cuando se entra en detalle, no está tan claro que no se compartan ciertas opiniones y actitudes asociadas a esos elementos. En

este sentido cabe diferenciar entre el potencial de extrema derecha y su expresión electoral.

El bajo impacto de los partidos de extrema derecha en España hasta las últimas elecciones se explicaba generalmente por el hecho de que el *Partido Popular* venía cubriendo un amplio espectro político desde el centro hasta la extrema derecha. El objetivo declarado de este partido era cubrir todo lo que se ubicaba a la derecha del *PSOE*. Y eso incluye, al menos como pretensión, "dar servicio" político a los votantes de extrema derecha. Algo que se venía haciendo con éxito, al menos en parte, por medio de una propuesta ideológica y política que se define a sí misma como "liberalismo conservador". Se trata de una propuesta que ha permitido recoger y modernizar elementos que solemos identificar con la extrema derecha, pero amortiguarlos en un universo ideológico conservador más amplio. En esta propuesta política, la defensa del orden liberal (capitalismo) pretende combinarse con el liderazgo moral (valores cristianos, defensa de Occidente, identidad nacional). La soberanía del Estado no emana de la sociedad, sino de las clases propietarias ("paladines de la prosperidad"), que derivan su legitimidad no sólo de la educación y la riqueza, sino también de la representación de un universo moral en el que siguen teniendo vigencia la tradición y los valores fundados en la religión (familia, "sentido común", identidad cristiana de la nación). Esta combinación de principios económico-liberales –ahora neoliberales–, liberalismo político, patriotismo y cultura "cristiana" no es única en Europa, pero tiene uno de sus más importantes ámbitos de aplicación en España. En este contexto, es tarea del Estado asentar el

liberalismo económico sobre una base moral de cuño conservador: una unión al servicio de la reproducción de las élites políticas y económicas que consideran al país, sus recursos y su pueblo como su herencia y los tratan como tal. Dichas élites reclaman para sí una especie de liderazgo natural de la mayoría también "natural" de la nación española.

La actualización de este liberalismo conservador en las últimas dos décadas se ha basado en el modelo de los neoconservadores estadounidenses. La derecha del *PP* se encargaba de promoverlo agresivamente, la mayoría del partido le daba cobertura usando formas algo más moderadas de comunicación. Se trataba de dinamizar los resentimientos más profundos de la derecha conservadora y tradicional por medio de una estrategia de modernización neoliberal y de movilización cultural basada en el esquema amigo-enemigo. La contribución a esta movilización de ciertos medios de comunicación de masas y de las redes sociales ha sido decisiva. Quizás se pueda hablar de una nueva forma de agitación y propaganda de derechas. Con ella se ha pretendido acabar, de modo más o menos agresivo, con la supuesta hegemonía cultural de la izquierda y dar cobertura a una aplicación peculiar, fuertemente patrimonialista, del programa económico neoliberal, que a veces funciona como un keynesianismo invertido.

En contraste con la memoria histórica de los horrores de la dictadura, el liberalismo conservador ha practicado el revisionismo histórico, cuyo objetivo es desprestigiar al actual enemigo político, la izquierda, como anti-moderna, obsesionada con el pasado, unilateral, vengativa e incapaz de reconciliarse. En el tema de la inmigración, se ha buscado una combinación de

racismo institucional, fomento de los miedos y prejuicios de la población autóctona, exigencia de asimilación de los inmigrantes, sobreexplotación y precarización de los mismos y subordinación política por medio de una ciudadanía estratificada, aunque manteniendo un perfil bajo de discurso fuera de los períodos electorales. Los derechos humanos en las fronteras: desconocidos. Asilo: no admitido a trámite o excepcionalmente concedido.

Frente a la diversidad cultural, política, religiosa y social, el liberalismo conservador defiende la hegemonía de un tradicionalismo elevado a "normalidad"; las formas de pensamiento y comportamiento que difieren de ella son degradadas a peculiaridades toleradas y subalternas a las que se les concede el derecho a existir, pero no el reconocimiento de una igualdad plena. La tolerancia es combatida como un signo de debilidad o de ingenuidad hacia el adversario, que pone en peligro a un Occidente imaginado como homogéneo y a sus supuestos valores: la familia, la libertad individual, el trabajo, la diligencia, la disciplina, las creencias cristianas, la identidad nacional, la verdad, el orden y, sobre todo, el "sentido común". Según este planteamiento, los ciudadanos "normales" y decentes se habrían visto acorralados por minorías estridentes y militantes de izquierda y convertidos en una mayoría silenciosa. Una situación con la que el *Partido Popular* podía acabar al convertirse en la voz a esa mayoría silenciosa ("los que no van a las manifestaciones"). *Vox* no solo le disputa ahora la portavocía de esa mayoría, sino que anima a esta a salir del silencio (al menos electoralmente). En todo caso y al margen de los resultados electorales de *Vox*, la ofensiva neoconservadora ya transformaba la realidad y la identidad nacional en la verdad

de un "nosotros" –la gente común– que se afirma (o se supone que se afirma) en la tradición nacional, religiosa y política que debe ser defendida contra una minoría intelectual elitista de izquierdas.

De este modo, el darwinismo social neoliberal de la despiadada lucha entre enclaves económicos dentro de la competencia globalizada se combina con un espíritu nacional de viejo y nuevo cuño, generando una síntesis peculiar: la "marca" España. Esto incluye el progresivo debilitamiento del Estado de bienestar, la liberalización, la eliminación de las "herencias" socialdemócratas, así como la defensa de Occidente contra el islam o de la nación española contra sus "desintegradores" o "los que quieren romper España". La meta más elevada de la nación es afirmarse como un enclave capitalista de primera división. El que denigra la grandeza patriótica obstaculiza el éxito económico de la nación. Aquellos que critican la política económica neoliberal cometen traición contra la nación y promueven –intencionadamente o no– su decadencia. La defensa de la unidad de España contra las aspiraciones de independencia de los nacionalistas vascos y catalanes o de los principios morales de las personas "decentes" contra el relativismo moral, familiar, sexual y multiculturalista juegan un papel fundamental en esta estrategia.

Sin duda, la amplia clase media se ha identificado durante etapas significativas de la historia reciente con el discurso liberal-conservador y ha interpretado su situación desde esa perspectiva. El éxito económico y el orgullo nacional fueron los dos pilares de la lealtad ciudadana, incluso más allá del electorado conservador: sobre esta base se estilizó política y mediáticamente el período postdictatorial

como una historia de éxito reconocida internacionalmente. Si hasta ahora esta identificación no ha permitido que las ofertas electorales de extrema derecha encontraran el apoyo ciudadano que buscaban, sobre todo porque los posibles votantes se sentían representados en el *Partido Popular*, una parte de ese electorado ha cambiado su voto en las elecciones recientes, sin que necesariamente haya tenido que cambiar sustancialmente sus opiniones y actitudes políticas. La radicalidad de ciertos postulados nacionalistas, morales, identitarios o culturales, que buscan crear una "marca política" diferenciada y elegible, no añade elementos sustanciales al acervo político conservador que el *Partido Popular* cobijaba en su seno hasta ahora. Buena parte de los líderes y representantes de *Vox*, así como la mayoría de sus votantes proceden de las posiciones más extremas del "liberalismo conservador", que por una serie de razones externas o internas quieren asegurar bajo una representación política diferenciada.

Más allá del comportamiento electoral, lo relevante es esa conexión entre capitalismo nacional y liberalismo conservador como forma en que el populismo autoritario prevalece en la democracia. Para ese nacional-populismo, la nación es tanto una "comunidad étnica" que ha de defender su unidad y su identidad, como una "empresa" en la competencia globalizada; exige sacrificios de sus "compatriotas" y no puede existir sin una obediencia a un liderazgo político y económico fuerte convertida en normalidad cotidiana. Querer explicar el populismo de derechas a partir de los fenómenos de pauperización que se originan con la gran crisis ignora la importancia de la mencionada conexión dentro del nacionalismo "democrático"

en las llamadas fases de expansión económica, cuando el empleo y el crecimiento, el orden y la paz social conforman la percepción prevalente de las condiciones capitalistas.

### **El populismo autoritario y el centro de la sociedad**

Hablar de populismo de extrema derecha o de crecimiento de la ultraderecha en Europa orienta la mirada y el análisis hacia los márgenes. "Ultra" o "extrema" sirve para calificar aquellos grupos o corrientes sociales que, por definición, poseen un carácter marginal o se sitúan en los extremos del espectro ideológico. Esta denominación esconde, en cierta medida, una estrategia de inmunización del centro frente esos márgenes. Lo que se manifiesta en ellos no provendría de interior mismo de la sociedad. Se trata de algo enfrentado a ella. Frente a esto, la Universidad de Leipzig en Alemania viene realizando desde 2002 un estudio longitudinal de actitudes autoritarias y de extrema derecha en Alemania bajo el título de "Mitte-Studien" (Estudios sobre el Centro). Su mirada no se dirige, pues, a los márgenes de la sociedad o hacia los grupos que calificaríamos de extrema derecha, sino hacia el "centro" de la sociedad. Este planteamiento supone un cambio de perspectiva que conectaría con una afirmación de Th. W. Adorno, cuya actualidad conviene examinar: "Considero que la pervivencia del nacionalsocialismo en la democracia es potencialmente más amenazante que la pervivencia de tendencias fascistas contra la democracia."

Si la "clase media" resulta difícil de definir con precisión, su concepto constituye una categoría de integración social de primer rango. El hecho que la gran

mayoría de la población se auto-identifique como clase media genera la zozobra de no estar describiendo nada con ese término. Desde el punto de vista de la teoría de la estructura social, generalmente se define como los hogares cuya renta se sitúa entre el 75% y el 200% de la mediana de un país. La tendencia al alza de esta franja de hogares se detuvo bruscamente con la crisis, lo que ha supuesto tanto un crecimiento del grupo de renta baja como un incremento de casi tres puntos del grupo de renta alta. De todos modos, en España la clase media representa un 60% de la población, claramente por debajo, por ejemplo, de los países nórdicos. Más allá de los números, quizás lo que mejor defina a la clase media sea su capacidad de cubrir sus necesidades básicas y además poder ahorrar e invertir acumulando cierta riqueza (viviendas, depósitos bancarios, planes de pensiones, acciones, etc.).

Al menos hasta la irrupción de la crisis económica parecía dominar un consenso entre los científicos sociales en el sentido de que la sociedad de la segunda mitad del siglo XX no se puede describir en términos de sociedad de clases. Uno de los logros del pacto social de posguerra habría sido alumbrar una sociedad de clases medias, que eran las verdaderas beneficiarias de ese pacto y, por tanto, las que le daban estabilidad y las que sostenían con sus aportaciones las políticas sociales y de redistribución solidaria. Ciertamente, el final del fordismo supuso una diversificación del consumo que respondía al aumento de las desigualdades sociales y a una polarización del mercado de trabajo: de un lado, empleos mal pagados e inseguros; de otra parte, distinguidos ejecutivos y «trabajadores del conocimiento». Sin embargo, el discurso dominante en los

años noventa sobre la sociedad de consumo y la pluralidad posmoderna de estilos de vida no parecía poner en cuestión la idea de una sociedad de clase media. Es ahora, con la crisis, cuando aumentan las voces de alarma sobre el proceso de contracción de la clase media y del peligro que eso puede suponer para la estabilidad y la cohesión sociales.

Durante el período más duro de la crisis se ha impuesto un discurso que señala a la clase media como la que más ha sufrido sus efectos. Sin embargo, si atendemos a la Encuesta de Condiciones de Vida, el hundimiento de las rentas más bajas ha sido vertiginoso. El 15% inferior ha sufrido una caída entre un 20% y 40%. *Los perdedores de la crisis no han sido las clases medias.* Lo cual no significa que no haya aumentado con la crisis la vulnerabilidad y el riesgo de pobreza y exclusión y que dicha vulnerabilidad no haya afectado a las franjas más bajas de los que integran las clases medias. Pero las pérdidas reales no avalan la conciencia generalizada que ve en las clases medias las víctimas de la crisis. Lo que alimenta la sensación de estar especialmente afectados por la crisis quizás tenga más que ver más con el cambio de condiciones sociales y económicas que regían tanto la formación de las clases medias como su movilidad hacia arriba y hacia abajo. En cierta manera, la clase media es la expresión y la prueba de la movilidad social. Y lo que registra su crisis, precisamente, son las transformaciones que afectan a las bases de esa movilidad: el papel del trabajo como factor de integración social y las transferencias del Estado social que amortiguaban los vaivenes del mercado de trabajo y aseguraban las posiciones sociales.

Ciertamente, durante el fordismo el *ethos* dominante de la clase media pare-

cía prometer estabilidad, integración y posibilidades de ascenso a quienes se esforzaban y rindiesen, a quienes se adaptaban diligentemente a la norma del trabajo productivo. Un Estado social que prometía igualdad de oportunidades y la confianza en un régimen meritocrático hacían el resto. La mirada de sospecha hacia los que se ubicaban en los márgenes respondía a la convicción de que estos eran incapaces de aprovechar las oportunidades por falta de esfuerzo. El primer embate que sufrió el predominio del *ethos* de clase media fue sin duda el que produjo la generación del 68. Los nuevos referentes que disputaban su hegemonía eran la participación política, la autonomía, la creatividad y la autorrealización. Ahora sabemos que en ellos se anunciaba el "nuevo espíritu del capitalismo" (Boltanski y Chiapello). Quizá el discurso actual sobre la amenaza de decadencia de la clase media sea expresión sobre todo del declive de ese nuevo espíritu, completamente subsumido y funcionalizado por el orden neoliberal.

Así pues, más allá de la existencia de una amenaza real, no se puede negar un aumento del miedo real a una pérdida de estatus y estabilidad en la clase media. Y esto tiene que ver con la pérdida de un orden social, de una "normalidad", de unas reglas de juego estables para la vida profesional y la vida privada. Las posibilidades de ascenso y caída, de empleo estable o desempleo, de mejores o peores remuneraciones, etc., ya no parecen responder a criterios estables y claramente identificables. Y esto tiene que ver con el nuevo contrato de trabajo implícito en el modelo social del "empresario de sí mismo", con la imposibilidad de realizar un cálculo certero que asegure el éxito futuro de las inversiones en forma-

ción, salud o seguridad y con la deshomogeneización de las pertenencias grupales. La movilización de todos los recursos para asegurar el estatus ya no garantiza que esto conduzca al éxito.

Si lo que ha definido a la clase media es su capacidad de ahorro e inversión (viviendas, depósitos bancarios, planes de pensiones, acciones, etc.), una buena parte de la riqueza asociada a ella se debía a grandes burbujas infladas durante el período neoliberal. La participación activa de las clases medias en la formación y reproducción de esas burbujas se suele pasar por alto, cuando su desinfla es percibido como un ataque a esas mismas clases, que, no hay que olvidarlo, se habían dejado seducir por los cantos de sirena neoliberales que prometían convertir a cada uno de sus miembros en propietario y un inversor (cuando no en banquero, BANKIA). El "velo de ignorancia" que protegía a las clases medias frente a las condiciones sociales y económicas de su enriquecimiento contribuyó a la naturalización de sus pretensiones de rentabilidad individual al margen de o desvinculadas de los procesos de creación de valor de la "economía real". Cuando las expectativas de asegurar la riqueza se revelan como ilusorias, cuando los soportes ideológicos de la mentalidad meritocrática pierden soporte en la realidad debido a que el nuevo contrato social neoliberal ya no puede asegurar la reproducción del estatus, las clases medias viven la nueva situación como agravio. Y, entonces, hay que buscar un culpable de la destrucción del dinero que se han ganado "con su propio esfuerzo" y con el "duro trabajo". Asistimos a una autoescenificación victimista arropada por los partidos y los grupos mediáticos que han hecho de la clase media su clientela.

En este contexto resulta muy iluminador el término acuñado por los *Mitte-Studien* de "empaste narcisista" para referirse a la economía. Esto vale, en primer lugar, para explicar el papel jugado por el "milagro económico alemán" en relación con la "incapacidad para el duelo" que definió el bloqueo emocional y psíquico de la derrota en la II Guerra Mundial. La identificación con el Gran-Yo del Führer, de la Nación, de la Raza elegida, exigía tras la derrota un nuevo Yo Ideal, un Führer secundario, que permitiera recuperar el sentimiento de autoestima. Ese papel lo habría asumido el consumo y el bienestar económico. Entre la reconstrucción de la Alemania posbélica y el rechazo de la herida narcisista existe un nexo. Lo que sustituye al narcisismo colectivo dañado tras la derrota del régimen nacionalsocialista es "el auge económico, la conciencia de lo capaces que somos" (Th. W. Adorno). Trasladando estas reflexiones a la situación actual, lo que nos encontraríamos en estos momentos es ante una nueva herida narcisista: la amenaza de la pérdida del bienestar que se había convertido en objeto ideal de fuerza y poder. Lo que se tambalean son los cimientos de la "religión de la vida cotidiana" (Clausen) que tan significativamente representaba el *ethos* de las clases medias.

Sin embargo, la identificación con el fetiche "consumo/bienestar" impide identificar las causas estructurales de la inseguridad y la vulnerabilidad. Esto podría explicar, por un lado, la identificación con el agresor y con los principios normativos que impone, a pesar de que estén en contradicción con los imperativos estructurales reales del capitalismo que impulsa la flexibilización y la financiarización y, por otro, la descarga de la frustración por incumplimiento de las promesas asocia-

das a esos principios normativos sobre colectivos señalados como chivos expiatorios. Dado que el ascenso social se percibe como inseguro, más disputado, menos calculable y que las posibilidades de pérdida de estatus también se perciben como más verosímiles, el deseo de pertenecer a los estratos elevados de la clase media se hace más intenso, lo que va unido a la tendencia a desmarcarse de los estratos inferiores. El miedo al desclasamiento se proyecta en forma de agresividad contra los que están abajo. En este sentido la descarga de la indignación y la frustración sobre colectivos más débiles, el señalamiento de minorías "responsabilizables" de la amenaza sentida, es una salida más que posible a la rabia acumulada.

Esto puede alcanzar en determinados momentos y de manera muy precipitada, como estamos viendo en Europa, una significación política. Es lo que ocurrió tras la crisis de 29: un movimiento de pánico de los votantes de las clases medias desde los partidos burgueses hacia los partidos fascistas. Es lo que expresa la conocida frase de Ralf Dahrendorf, poco sospechoso de extremismo izquierdista: "la destrucción de la democracia es una obra de la clase media". La cuestión fundamental es que ese desplazamiento suponía y presupone una predisposición en las clases medias cuyo origen no está solo en las ofertas políticas.

En este sentido, lo que debe preocupar es la conexión entre los miedos y los sentimientos de inseguridad y amenaza de descenso de las clases medias y su disposición a aceptar como marco explicativo para ellos el discurso de la extrema derecha: banalización de regímenes autoritarios del pasado (en el caso español, la dictadura franquista), el chovinismo nacionalista, el apoyo a la desigualdad en forma de xenofobia, islamofobia o des-

precio a los débiles, la disposición a considerar aceptable formas autoritarias de gobierno, etc.

### **Crisis económica y respuesta populista**

La crisis en España ha mostrado las debilidades de la fase expansiva, que se basó en cierta medida en el crédito barato, en una intensa privatización, en el apoyo económico de la UE y en la burbuja inmobiliaria. Con la crisis la situación económica se desplomó súbitamente y con ella la imagen de España como un país de éxito. De pronto nos veíamos en un club poco agradable: el de los "pigs". La respuesta a este colapso de los partidos pertenecientes a lo que podríamos llamar el campo burgués fue el rescate de las instituciones financieras por parte del Estado, una reducción del gasto público y una brutal precarización de las condiciones laborales y sociales, con las consecuencias esperables. La justificación de las medidas impopulares fue, como siempre, la ausencia de alternativas. Las clases bajas afectadas, los verdaderos perdedores de la crisis, compraron el mensaje: "es lo que hay". Y eso significa: lucha aislada e individualizada por la supervivencia, adaptación más o menos resignada a las nuevas condiciones. Al mismo tiempo, los medios de comunicación informaban de cada vez más casos de corrupción y de los delitos perpetrados por una impía alianza de élites de la política, las finanzas y las grandes empresas, lo que, unido a fenómenos tan sangrantes como los desahucios, el fraude masivo a los pequeños inversores y el deterioro de los servicios públicos, condujo a una ola de indignación y protesta protagonizada fundamentalmente por ciertos sectores de jóvenes, de las clases medias bajas y de organizacio-

nes de la izquierda minoritaria que conocemos como el 15-M. Las críticas a los recortes sociales, a los recortes salariales, a la globalización neoliberal y al desempleo parecen apuntar a que en el 15-M triunfó una interpretación y una politización de la crisis claramente de izquierdas, sobre todo porque cuatro años más tarde se produjeron éxitos electorales inesperados de un nuevo partido de izquierdas – *Podemos*–, por más que no esté completamente claro que esos éxitos sean la expresión electoral de aquellas protestas. Según esa interpretación, la crisis habría conseguido poner en cuestión tanto el programa del neoliberalismo autoritario como la hegemonía del discurso liberal-conservador. ¿Es eso cierto? El propio *Podemos* defiende que su aparición habría servido para canalizar la insatisfacción y la indignación ante la crisis del capitalismo, que en otras partes de Europa se había expresado en partidos populistas de extrema derecha. *Podemos* habría contrarrestado este peligro por medio un patriotismo de izquierdas que tiene que ver principalmente con la distribución justa de la riqueza, el trabajo para todos, el comercio justo, el control público del sector financiero, los salarios justos, los servicios estatales bien financiados y un Estado “fuerte” que sirve a las “mayorías populares”, es decir, un patriotismo reinterpretado socialmente sin tradicionalismo, sin políticas de identidad conservadoras, sin xenofobia y sin una política exterior agresiva. Esto marcaría la diferencia frente a los populistas de derechas.

Pero, ¿de dónde puede sacar el Estado su fuerza si no es del crecimiento económico “nacional”? ¿Cómo se puede asegurar este, si no es en las condiciones definidas por la competencia del capitalismo global cimentada en la deslocalización empresarial y la precarización de la

fuerza de trabajo a escala mundial? ¿Es posible reforzar el Estado social y al mismo tiempo minimizar los efectos constatados sobre las clases medias de aquellos procesos sobre los que se basa la lucha entre enclaves económicos dentro de la competencia globalizada? Las promesas redistributivas no pueden ocultar su vínculo con los procesos que alimentan las arcas del Estado. El mensaje parece trasladar que es posible evitar las consecuencias de estas condiciones para el “pueblo”, pero sin renunciar a los recursos fiscales de una economía nacional fuerte, es decir, sin modificar sustancialmente el marco capitalista de acumulación del capital. Se trata de distribuir de forma diferente, lo que significaría que habría que retomar los caminos socialdemócratas. Sin embargo, es justamente esa combinación de patriotismo social o estado de bienestar nacional, por un lado, y de la expectativa de que la economía capitalista nacional tenga éxito en la competencia global, por otro, lo que ha dado soporte al impacto político del liberalismo conservador entre las “mayorías sociales”, que incluyen tanto a las clases medias como a las clases populares, desplazando a las (antiguas) políticas reformistas socialdemócrata hegemónicas en el fordismo. Así que no es de extrañar que, a pesar de la fragmentación del panorama político en España en las últimas elecciones, los partidos (neo)liberal-conservadores sigan ocupando buena parte del terreno político. El “nuevo” partido neoliberal *Ciudadanos* se ha ido situando de manera cada vez más decidida, si excluimos el ámbito de moral individual y familiar, en el campo de del “liberalismo conservador”, dejando atrás cierto moralismo católico del *Partido Popular* y diferenciándose del machismo y el tradicionalismo de *Vox*. Pero si se

suman los votos de los tres partidos, la cuestión de la hegemonía en el campo burgués está lejos de haberse decantado hacia la socialdemocracia.

El populismo de izquierdas tampoco parece dispuesto a prescindir de la combinación de patriotismo (social) y economía capitalista nacional orientada al éxito, sobre todo teniendo en cuenta la aspiración a representar a los ciudadanos "ordinarios", la llamada gente común, y su compromiso con el éxito electoral o con la conquista del voto de la mayoría social, como lo demuestra la sustitución de la cuestión de clase por la narrativa del "arriba/abajo" o del "99 por ciento contra la casta de los súper-ricos". El denominador común del populismo de extrema derecha, el populismo de izquierdas y los partidos del campo burgués es la vinculación de un Estado-nación exitoso (patriotismo) con una economía capitalista nacional también exitosa. Los primeros hacen hincapié en la primacía de la nación a la que debe subordinarse la política económica. El segundo enfatiza la primacía de la llamada "gente de abajo", a cuyo servicio estaría un Estado fuerte configurado de manera claramente socialdemócrata. Los partidos burgueses convencionales enfatizan la primacía de la localización del capital, a la que un Estado nacional competitivo debe ayudar por el bien de la nación (y de las élites). Los populistas de derecha y los populistas de izquierda comparten la idealización del alcance del poder político estatal frente a los poderes económicos o los denominados "mercados". Los liberal-conservadores y los liberal-socialistas defienden una especie de realismo político respecto a las condiciones de la economía de mercado: sacrificar algo para no tener que sacri-

ficarlo todo. Hasta ahora, la tercera de las opciones anteriores, al menos en España, sigue siendo hegemónica a la hora de ganarse la fidelidad de las clases medias. El que esto cambie o no, depende fundamentalmente de la evolución de esas capas sociales.

La erosión de la clase media no comenzó con la crisis actual, sino que se ha intensificado con ella. El drama del campo político burgués es precisamente que la dinámica de crisis del capitalismo amenaza con diezmar a las clases medias que hasta ahora constituían su base para asegurar el poder: una política "democrática" basada en un amplio "centro saludable". Los síntomas de desintegración, de inseguridad, de pérdida de estatus o de miedo a perderlo, los procesos de desclasamiento de las clases medias y el "efecto tobogán" que produce la precarización aparecen como el telón de fondo del avance de los movimientos y partidos populistas de derecha o de extrema derecha. La contraposición de una política "democrática" del centro integrado y un populismo de derechas "autoritario" del centro desintegrado no resulta convincente. Incluso en tiempos de crisis, el liberalismo conservador dentro del espacio de la política democrática "normal" parece capaz de asegurar la fidelidad del "extremo centro" social, sin que las razones de este vínculo sean fundamentalmente diferentes de las que alimentan el auge de los partidos populistas de derecha. Esta situación puede mantenerse sin variaciones, pero también es posible que el "extremo centro" opte en un determinado momento por partidos claramente autoritarios. En todo caso, la amenaza no viene de los márgenes, sino del núcleo mismo de la sociedad.

278

2019

2° Trim.

**iglesia viva**  
*pensamiento crítico y cristianismo*

[www.iviva.org](http://www.iviva.org)

**iviva**

## **Auge de la extrema derecha**

**Daniel Barreto y  
Anna Eva Jarabo (coord.)  
Beatriz Acha Ugarte  
Daniel Barreto  
Ulrich Engel**

También escriben:

**Charles Taylor**  
*Conversación con Teresa Forcades*

**José A. Zamora**  
*De los extremos al centro:  
clases medias, “normalidad democrática”  
y populismo autoritario*

**Sonja A. Strube**  
*Ningún interés por los valores cristianos*

# iglesia viva

*pensamiento crítico y cristianismo*  
revista trimestral fundada en 1966  
directora: Teresa Forcades i Vila

**nº 278, abril-junio 2019**

## ***Auge de la extrema derecha***

Coordinadores: Daniel Barreto y Anna Eva Jarabo

### **DIRECTORA DE LA REVISTA**

Teresa Forcades i Vila. Monestir de Sant Benet de Montserrat

### **CONSEJO DE DIRECCIÓN**

Carlos García de Andoin. Presidente de *Asociación Iglesia Viva*. IDTP. Bilbao

Mercedes Arbaiza. Universidad del País Vasco. Bilbao

Daniel Barreto. Instituto Superior de Teología. Las Palmas de G. Canaria

Ester Busquets Alibés. ISCREB. Insti. Sup. de Ciències Relig. de Barcelona

Roberto Casas. Instituto Diocesano de Teología y Pastoral. Bilbao

Antonio Duato Gómez-Novella. Gestor de Iglesia Viva. València

Montserrat Escribano Cárcel. Facultat de Teologia de València

Neus Forcano i Aparicio. ISCREB. Insti. Sup. de Ciències Relig. de Barcelona

Anna Eva Jarabo Fidalgo. Universitat Ramon Llull. Barcelona

Víctor M. Marí Sáez. Universidad de Cádiz

Sebastián Mora Rosado. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid

Joaquín Perea González. IDTP. Instituto Diocesano de Teología y Pastoral. Bilbao

Bernardo Pérez Andreo. Instituto Teológico de Murcia

José Miguel Rodríguez. Universidad de Valladolid

José A. Zamora. Instituto de Filosofía del CSIC. Madrid

## Auge de la extrema derecha

### PRESENTACIÓN

---

**5 Nuevo autoritarismo y religión**  
Anna Eva Jarabo - Daniel Barreto

### ESTUDIOS

**11 Nuevos partidos de ultraderecha en Europa**  
Beatriz Acha Ugarte

**27 La religión en la Nueva Derecha**  
Daniel Barreto

**45 Contra la idea de un cristianismo identitario**  
Ulrich Engel

### CONVERSACIONES CON...

---

**63 Charles Taylor. La cuestión crucial que debemos superar es lo que llamaría la opacidad del sistema**  
Teresa Forcades

### SIGNOS DE LOS TIEMPOS

**79 De los extremos al centro: clases medias, "normalidad democrática" y populismo autoritario**  
José A. Zamora

**89 Ningún interés por los valores cristianos**  
Sonja A. Strube

**SIGNOS  
DE LOS TIEMPOS**

- 93 Frustraciones y esperanzas:  
el compromiso de Justicia y Paz**  
Francisco Javier Alonso Rodríguez
- 99 El ascenso de la derecha religiosa  
en el Brasil contemporáneo**  
Magali do Nascimento Cunha
- 109 ¿Nacionalismo de izquierdas?**  
Teresa Forcades
- 113 La revolución silenciosa  
y la trascendencia del bien**  
Antoni Nello

---

**PÁGINA ABIERTA**

- 121 La sonrisa de Juan XXIII**  
Pier Paolo Pasolini
- 125 Páginas abiertas de Iglesia Viva  
sobre neoconservadurismo**  
Antonio Duato

---

**LIBROS**

- 129 La gran transformación.  
Crítica del liberalismo económico.**  
Karl Polanyi [Daniel Barreto]
- 132 Cristianismo de Liberación.  
Perspectivas marxistas y ecosocialistas**  
Michael Löwly [Fernando Herrera]

# iglesia viva

*pensamiento crítico y cristianismo*  
revista trimestral fundada en 1966  
directora: Teresa Forcades i Vila

© **Asociación IGLESIA VIVA**

ISSN: 0210-1114

Edita y distribuye: ADG-N Publicaciones, SL.

Directora editorial: María A. Catalán Martín

Apartado 12.210

46020 Valencia

Tel. 963 622 532

E-mail: libros@adgn.es

Redacción: Apartado 12.210

46020 Valencia

Tel. 963 622 532

E-mail: iviva@iviva.org

Impresión: Hathi Estudio Creativo, S.L.

c/ Aviación 36.

46940 Manises (Valencia)

info@hathiestudio.com

Depósito legal: V 1.639-1973